

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme enseñado el medio de obtenerlo todo de Vos; hacedme la gracia de que recurra á él frecuente y dignamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer todos los dias un cuarto de hora al menos de meditacion.

LECCION XXIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Oracion dominical. — Rasgo histórico.

Á pesar de que la Oracion dominical sea oracion pública cuando es ofrecida á Dios por un ministro sagrado en nombre de todo el pueblo fiel, la ponemos al frente de las oraciones particulares, en cuanto Nuestro Señor parece haberla compuesto principalmente para el uso particular de cada cristiano, en los casos sin cesar renovados en que necesitamos recurrir á Dios. « Cuando tengais necesidad de orar, » dice, entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta, y dirigiéndoos á Dios decid : *Padre nuestro*<sup>4</sup>, etc. »

Ya se la mire en su autor, en su forma ó en su fondo, la Oracion dominical es evidentemente la mas excelente de todas las oraciones. 1º. En su autor; pues no es un Santo ni un Profeta, ni un Ángel ni un Arcángel quien la compuso, sino el mismo Jesucristo Señor nuestro, el Hijo y la eterna Sabiduría de Dios. 2º. En su forma; la Oracion dominical es clara, todo el mundo puede comprenderla, así el niño como el anciano, el campesino como el que habita en las ciudades; es corta para que pueda aprenderse fácilmente, retenerse con fidelidad y ser recitada con frecuencia; esta cualidad la hace esencialmente popular, y por consiguiente digna del Dios que vino á salvar á todos los hombres, y de la Religion que debe ser predicada á los libres y á los esclavos, á los pueblos civilizados como á los pueblos bárbaros y salvajes. Es persuasiva, pues nada hay tan humilde, tan sencillo, tan filial, es decir, mas eficaz que el modo con que manifiesta á Dios nuestras necesidades. 3º. En sí misma la Oracion dominical es completa; encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma, para nosotros mismos y para los demás; es prudente, pues nos recuerda y nos hace poner en accion las tres virtudes que son las tres grandes bases de la Religion, de la sociedad y de la salvacion, la fe, la esperanza y la caridad; es divinamente lógica, pues arregla los deseos de nuestro corazon enseñándonos á expresar pri-

<sup>4</sup> Matth. vi, 6. 9.



meramente los mas nobles y los mas necesarios, y en seguida los que lo son menos<sup>1</sup>.

« En efecto, dice santo Tomás, es evidente que el primer objeto de  
 » nuestros deseos es nuestro último fin, y luego los medios de conse-  
 » guir el mismo fin : ahora bien, nuestro fin es Dios, al cual tiende  
 » nuestra afeccion de dos maneras; la una que consiste en desear la  
 » gloria de Dios, y la otra en querer gozar de esta divina gloria. La  
 » primera pertenece á la caridad, por la que amamos á Dios en sí  
 » mismo : la segunda á la caridad, por la que nos amamos á nosotros  
 » mismos en Dios. Hé aquí por qué nuestra primera peticion es :  
 » *Santificado sea el tu nombre*, por medio de la cual pedimos la gloria  
 » de Dios; y la segunda : *Venga á nos el tu reino*, por la cual pedimos  
 » alcanzar la gloria de Dios. Una cosa puede conducirnos á nuestro  
 » último fin, ó *por sí misma ó por accidente*; por sí misma y directa-  
 » mente, *haciéndonos merecer la beatitud eterna por la obediencia á*  
 » los mandatos de Dios; y por esto nuestra tercera peticion es esta :  
 » *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. Por sí misma tam-  
 » bien, aunque de un modo menos directo, *ayudándonos á merecer la*  
 » bienaventuranza eterna; de aquí nuestra cuarta peticion : *El pan*  
 » *nuestro de cada dia dánosle hoy*. Una cosa nos conduce á nuestro úl-  
 » timo fin por accidente cuando aleja los obstáculos que podrian im-  
 » pedirnos llegar á él : los obstáculos de este género son tres : el pe-  
 » cado, que nos excluye directamente; por esto nuestra quinta peticion  
 » dice : *Perdónanos nuestras deudas*. La tentacion, que nos induce al  
 » pecado; de aquí nuestra sexta peticion : *No nos dejes caer en la ten-*  
 » *tacion*. Los males temporales, consecuencia del pecado, que hacen  
 » insufrible el peso de la vida, y de aquí nuestra séptima peticion :  
 » *Libranos de mal*. »

Las siete peticiones de la Oracion dominical corresponden tambien á los siete dones del Espíritu Santo, y á las siete beatitudes evangélicas, de modo que esta admirable oracion está en perfecta armonía con el conjunto de la Religion, y tiende á obtenernos cuanto es necesario para hacer de un cristiano un hombre perfecto en este mundo, y un bienaventurado en el otro. Hé aquí por qué san Agustin la define con estas sublimes palabras : La Oracion dominical es la regla que el celeste Jurisconsulto ha dado él mismo á los fieles para obtener el cumplimiento de todos sus deseos<sup>2</sup>.

Finalmente, lo que completa la excelencia de la Oracion dominical

<sup>1</sup> In Oratione dominica non solum petuntur omnia quæ recte desiderare possumus, sed etiam eo ordine quo desideranda sunt; ut sic hæc oratio non solum instruat postulare, sed etiam sit informativa totius nostri affectus. (D. Thom. 2, 2, q. 88, art. 9.)

<sup>2</sup> D. Thom. 2, 2, q. 88, art. 9.

<sup>3</sup> Regula postulandi fidelibus à cœlesti jurisperito data. (Enarr. in Psalmo cxlii.)

está en que es la mas necesaria de todas las oraciones : varios concilios, entre otros el de Roma, mandan á todos los Cristianos saberla de memoria, puesto que según la doctrina de los santos Padres conviene rezarla cada dia<sup>1</sup>. « Viviendo en medio del mundo, dice san Agustin, donde nadie puede vivir sin pecado, la remision de nuestras faltas se encuentra no solo en las sagradas aguas del Bautismo, sino tambien en la Oracion dominical y cotidiana, la que es como nuestro bautismo de todos los dias<sup>2</sup>. » Así pues, la Oracion dominical es el remedio de nuestros pecados de cada dia, es decir, de nuestros pecados veniales, con tal que, al rezarla, nos hallemos animados de un verdadero sentimiento de contricion. Es conveniente que todos los fieles la sepan en latin y en su idioma patrio; en latin, porque es el idioma de la Iglesia; y en el patrio, para que sepan lo que piden.

*Division de la Oracion dominical.* La Oracion dominical se divide en tres partes : el *prefacio* ó preparacion; el *cuerpo de la oracion*, y la *conclusion*.

El prefacio se compone de estas sencillas pero sublimes palabras : *Padre nuestro que estás en los cielos*. No hay duda en que el Salvador habria podido hacernos dar á Dios títulos mas capaces de revelarnos su majestad y de penetrarnos de respeto; mas estos títulos habrian continuado haciendo de nosotros los esclavos del Sinaí, mientras que debemos ser los hijos del Calvario; así pues, no se nos enseña á decir Dios nuestro, Criador nuestro, Señor nuestro, sino *Padre nuestro* ! Consideremos esta palabra respecto de Dios, de nosotros mismos y del prójimo.

Respecto de Dios, excita maravillosamente nuestra confianza re-

<sup>1</sup> Es la mas necesaria de todas. (Belarm. *Dottr. crist.* p. 71; Concil. Rom. c. 2.) — Nisi qui has duas sententias (Symbolum et Orationem dominicam) et memoriter tenuerit et ex toto corde crediderit, et in oratione sæpissime frequentaverit, catholicus esse non poterit. (Syn. Remens. VI, c. 7.) Véase tambien el concilio de Toledo IV, c. 9; S. Aug. *Enchir.* 71; S. Cypr. *De Orat. domin.* — « Hay necesidad de precepto de saber, al menos sustancialmente : 1º. El Símbolo de los Apóstoles entero; 2º. la Oracion dominical; 3º. los preceptos del Decálogo; 4º. los Mandamientos de la Iglesia que son comunes á todos los fieles; 5º. el sacramento del Bautismo, que todo fiel puede hallarse en el caso de administrar, y los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, que se deben recibir á lo menos una vez al año. En cuanto á los demás Sacramentos, la fe explícita no es necesaria sino en el que los recibe; mas el conocimiento de estos diferentes artículos tiene sus grados, pudiendo ser mas ó menos perfecto, mas ó menos extenso. Sin embargo, no es permitido ignorarlos enteramente, y solo un defecto de capacidad puede excusar esta ignorancia de pecado mortal. » (Mons. Gousset, *Theol. mor.* c. 1, pág. 129.)

<sup>2</sup> Quoniam victuri sumus in isto sæculo, ubi quis non vivit sine peccato, ideo remissio peccatorum non est in sola ablutione sacri Baptismatis, sed etiam in Oratione dominica et quotidiana. In illa invenietis quasi quotidianum Baptismum vestrum. (Serm. CCXIII de temp.; et *Enchir.* c. 71.)



cordándonos que á pesar de nuestra debilidad y de nuestras miserias somos los hijos, no de un rey, no de un emperador, no de un monarca de la tierra, sino del mismo Dios; por otra parte, conmueve de un modo infalible el corazón de Dios, recordándole que es nuestro Padre, nuestro Padre de todas maneras, por la creación, por la conservación, por la redención, el Padre de nuestro cuerpo y de nuestra alma. « Así como los niños, nos dice el Salvador con estas tiernas » palabras, recurren á su padre en todas sus necesidades, cuyo número y extensión no temen manifestarle; asimismo recurrid vosotros » á vuestro Padre celestial, el cual os consolará, os aliviará, se apiada de vosotros, al modo que un padre se apiada de sus hijos. »

Respecto de nosotros mismos, estas palabras *Padre nuestro* nos recuerdan, con mas fuerza que todos los discursos, la nobleza de nuestro origen, y por consiguiente el cuidado que debemos tener en conservar la amistad de Dios y en portarnos como hijos suyos, si queremos ser oídos. Los pecadores, quienes, segun expresión del mismo Salvador, son hijos del demonio, no tienen derecho para llamar á Dios Padre, puesto que no obedecen sus mandatos; sin embargo, ni aun estos deben omitir el rezo de la Oración dominical, y no la rezarán sin fruto; si son verdaderos penitentes dirán *Padre nuestro* como el hijo pródigo al presentarse á su padre, para obtener el perdón de sus faltas; y si permanecen obstinados en el mal, lo dirán al menos en nombre de la Iglesia, de la que son miembros por la fe y por la esperanza.

Respecto del prójimo, estas palabras *Padre nuestro* expresan la grande ley que ha salvado, y que únicamente puede salvar al mundo, la ley de la fraternidad universal, y nos enseña lo que son para nosotros todos los hombres y lo que debemos ser para ellos. En efecto, no decimos *Padre mio*, sino *Padre nuestro*, porque somos todos hermanos, y debemos orar no solo por nosotros, sino por todos los hombres católicos, herejes, judíos, infieles, amigos y enemigos, es decir, amarlos con un amor verdaderamente fraternal<sup>4</sup>. En estas solas palabras *Padre nuestro* está la abolición ó á lo menos la condenación de todas las tiranías, la exaltación del pequeño, la protección del débil, el continuo sacrificio del rico y del fuerte para el alivio corporal y espiritual de sus hermanos menos favorecidos por la fortuna ó la inteligencia; es decir, la caridad, base de la familia, lazo de la sociedad, y prenda de la felicidad futura.

<sup>4</sup> Ante omnia pacis doctor atque unitatis magister singillatim noluit et privatim precem fieri, ut quis cum precatur, pro se tantum precetur... Publica est nobis et communis oratio; et quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo oramus, quia totus populus unum sumus. Deus pacis et concordia magister qui docuit unitatem, sic orare unum pro omnibus voluit, quomodo in uno omnes portavit. (S. Cypr. De Orat. domin.)

En una palabra, decimos *Padre nuestro*, de una parte, á fin de manifestar que oramos por todos y en nombre de todos, y de otra, á fin de excitar al Señor á concedernos, en consideración á los demás, lo que no merecemos por nosotros mismos. *Padre nuestro*; nuestra oración se dirige á las tres Personas divinas, puesto que las tres merecen el título de padre, por razón de la creación, de la redención y de la santificación.

*Que estás en los cielos.* El Dios que invocamos está en todas partes<sup>4</sup>; sin embargo decimos *que estás en los cielos*, ya porque allí resplandecen con mas brillo todas las magnificencias de la gloria, ya porque allí reina en toda la plenitud de su amor sobre los Angeles y los Santos; ó ya porque debemos recordar sin cesar que allí deben estar nuestros pensamientos, nuestros deseos, el fin de nuestros trabajos, en una palabra, como dice el Apóstol, nuestra conversación. *Padre nuestro que estás en los cielos*; sí, estás en los cielos, en el colmo de la felicidad, infinitamente rico, infinitamente poderoso, infinitamente bueno; y nosotros, hijos tuyos, nos hallamos en la tierra, en un lugar de destierro, lejos de nuestra patria, de nuestra familia, pobres, débiles, enfermos, rodeados de enemigos y de peligros. ¿Cómo no conmoverá esto el corazón de Dios? ¿Cómo no inspirará al nuestro una humildad profunda, un vivo sentimiento de nuestras necesidades, y al mismo tiempo el respeto filial, la piedad, la confianza, la pureza y la caridad para con nuestros hermanos? ¿Cómo no será oída una oración que tan bien prepara así al que pide como al que debe conceder? Tal es el prefacio de la Oración dominical.

¿Qué debemos pedir y con qué orden debemos pedirlo? ¡Ah! tan insensibles y ciegos somos, que muchas veces no conocemos ni la naturaleza de nuestras verdaderas necesidades, ni el orden con que debemos pedir su alivio, siendo esto causa de que ó no pedimos nada ó pedimos mal. Para remediar esta dobe desgracia, el nuevo Adán compuso él mismo una súplica para nuestro uso, en la cual se expresan así los objetos de nuestras oraciones, como el orden con que debemos solicitarlos. Ahora bien, la razón y la fe nos dicen que para hijos bien nacidos y verdaderamente inteligentes los intereses de su padre deben ser preferidos á los suyos, los bienes de la eternidad antes que los temporales, el fin antes que los medios, todo lo cual se nos enseña de un modo admirable en la segunda parte de la Oración dominical.

En efecto, el *cuerpo* de esta divina súplica se divide, como el Decálogo, en dos partes. La primera se refiere á Dios, y comprende estas tres peticiones: *Santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu*

<sup>4</sup> Ipsum intelligimus sine qualitate bonum, sine quantitate magnum, sine indigentia creatorem, sine situ presentem, sine habitu omnia continentem, sine loco ubi totum. (S. Aug. lib. V de Trinit. c. 4.)



reino; *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* La segunda se refiere al hombre, y comprende cuatro peticiones: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y lo que sigue hasta el fin.*

Peticion primera: *Santificado sea el tu nombre.* La primera cosa que debemos pedir, porque es la mas excelente y al mismo tiempo el mayor de todos los bienes, es la gloria de Dios: así es que, como hijos solícitos por el honor de su padre, comenzamos por pedir, en general que el nombre de nuestro Padre celestial, es decir, el mismo Dios, su majestad, su poder, su sabiduría, su bondad, su misericordia, su justicia sean santificadas, conocidas, apreciadas, honradas, respetadas y amadas así en la tierra como en el cielo<sup>1</sup>. Es decir, que á imitacion de los bienaventurados habitantes del cielo, todos los habitantes de la tierra honran, aman, celebran y exaltan con sus palabras y acciones, con la fe, la esperanza y la caridad, el adorable nombre de Dios. En particular pedimos 1º. que los fieles, iluminados por la luz celeste, conozcan al verdadero Dios y sean regenerados por las aguas del Bautismo; en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; 2º. que sean desarraigadas todas las herejías, y que sus sectarios conozcan y abracen, como á su verdadera madre, á la santa Iglesia católica, apostólica y romana, fuera de la cual no hay ni efusion del Espíritu Santo, ni perdón de los pecados, ni salvacion; 3º. que desaparezcan de la tierra toda clase de supersticiones, sortilegios, prácticas diabólicas, perjurios, blasfemias y otros desórdenes con los cuales se desprecia y ultraja el santo nombre de Dios; 4º. la vuelta de los pecadores al amable y sagrado yugo de nuestro Padre celestial; el conocimiento efectivo de que todos nuestros bienes, así del cuerpo como del alma, provienen de Dios, y la fidelidad en ofrecerlos todos á su gloria, así como el religioso cuidado de honrar á la santísima Trinidad con nuestra conducta, por miedo de que nuestros escándalos hagan blasfemar su nombre entre los hombres. Esto lo pedimos no solo por un día, sino por toda nuestra vida; en otros términos, pedimos la perseverancia en el bien hasta el último suspiro<sup>2</sup>.

El deseo de que sea santificado el nombre de Dios es ciertamente el mas noble que pueda formar el corazón del hombre, puesto que para ello hemos sido criados y dotados de razón; el mismo es el mas ardiente y continuo que formara Nuestro Señor y todos los Santos, á

<sup>1</sup> Verba enim illa, quæ tertiæ petitioni adjuncta sunt: *Sicut in celo et in terra, ad quamlibet primarum trium petitionem referri posse docet Concilium Tridentinum Catechismus, ut sic intelligamus: Sanctificetur nomen tuum sicut in celo et in terra; adveniat regnum tuum sicut in celo et in terra; fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.* (Nat. Alex. *De Orat. domin.* pág. 1322.)

<sup>2</sup> In his verbis quotidie fideles Christi petunt ut perseverent in eo quod esse cœperunt. (S. Aug. *De Corrept. et Grat.* lib. VI.)

su ejemplo, en la sucesion de los siglos. San Ignacio de Loyola, dirigiéndose un día al P. Laynez, le dijo: « Si Dios os daba á elegir entre » entrar inmediatamente en el paraíso, y quedaros en la tierra con la » perspectiva de hacer alguna gran cosa por su gloria, ¿qué escogeríais? — Escogeria ir al cielo, contestó el P. Laynez. — En cuanto » á mí, repuso el Santo, preferiria quedarme aquí abajo para cumplir » la voluntad de Dios y prestarle algunos servicios; pues por lo que » toca á mi salvacion, no dudo de que Dios tendria cuidado de mí, y » no dejaria perecer al que por su amor habia voluntariamente retardado su entrada en el cielo. »

Peticion segunda: *Venga á nos el tu reino.* Despues de haber pedido la gloria de Dios, pedimos la participacion de esta gloria, que es el fin por que fuimos criados, y por consiguiente la última palabra de la Religion, de la vida, del tiempo y de la eternidad<sup>1</sup>. Obsérvese que pedimos que el reino de Dios *venga á nos*, y no que nosotros vayamos á él, á causa de que es preciso que el reino de la gracia venga á nosotros, para que nosotros podamos ir al reino de la gloria. En efecto, el reino de Dios se entiende de tres maneras: el reino de *naturaleza*, el reino de *gracia* y el reino de *gloria*. El reino de naturaleza es aquel por el cual Dios rige y gobierna á todas las criaturas y á todo el género humano; de este reino habla la Escritura cuando dice: *Vuestro reino, ó Dios, es un reino de todos los siglos; Señor Dios, Rey todopoderoso, el universo entero está sometido á vuestro imperio, y nadie puede resistir á vuestra voluntad*<sup>2</sup>. No pedimos que venga este reino, puesto que existe desde el origen del mundo, y quieras que no, hasta los malos no pueden menos de conocerlo; pedimos únicamente que sea manifestado, y que todos reconozcan, admiren y bendigan las leyes de la maternal Providencia, que lo dispone todo con número, peso y medida, que consigue su objeto con tanta fuerza como dulzura, y que se sometan siempre á ella con una resignacion filial.

El reino de la gracia es aquel por medio del cual Dios rige y gobierna las almas y los corazones de los hijos fieles de la Iglesia, por la accion del Espíritu Santo, y por las tres grandes virtudes de fe, de esperanza y de caridad, las que les impulsan á seguir sus divinos preceptos, y á buscar su gloria ante todas cosas.

El reino de la gloria tendrá lugar en la otra vida despues del juicio general; entonces Dios reinará con los Santos sobre todas las criaturas, sin oposicion de ninguna clase, pues entonces se despojará de todo poder á los demonios y á los malos, encadenados juntos en las cárceles de la eternidad. Entonces será tambien destruido el imperio de la muerte y de la corrupcion, lo mismo que todas las tentaciones

<sup>1</sup> Matth. vi.

<sup>2</sup> Psalm. CXLIV, 13; Esther, xiii, 9.



del mundo y de la carne que oprimen aquí abajo á los servidores de Dios, de modo que será un reino tranquilo, pacífico, acompañado del goce cierto de una felicidad sin mezcla y sin fin.

¿De cuál de estos tres reinos solicitamos el advenimiento en la segunda peticion de la Oracion dominical? Ya hemos dicho que no era el del primero, el cual no debe venir, pues ya ha venido; tampoco pedimos su continuacion, pues impediria nuestro último fin, que es ver á Dios cara á cara en la eternidad. Tampoco solicitamos el del segundo, pues que lo hemos deseado en la primera peticion, y que ha venido ya en gran parte. Pedimos sí el advenimiento del tercero, el cual debe venir, que desean con ardor cuantos conocen las miserias de esta vida, y que consiste en el sumo bien y en la perfecta gloria de nuestro cuerpo y de nuestra alma, gloria que no llegará hasta despues del juicio final. Por esto pedimos viva y diariamente el fin del mundo y la llegada del juicio final; pedimos que este mundo de iniquidades y desórdenes sea cuanto antes reemplazado por una nueva tierra y unos nuevos cielos, donde impere la justicia, á fin de que Dios sea todo en todas cosas. A pesar de que los que aman al mundo no pueden oír peor noticia que el anuncio del juicio final, nosotros ciudadanos del cielo, que vivimos aquí como peregrinos y desterrados, no tenemos ni debemos tener otro deseo que el verle llegar: de ahí aquellas palabras de san Agustín: « Así como, dice, antes de la venida del » Mesías, todos los votos de la alianza antigua tenían por objeto el » advenimiento de Nuestro Señor, del mismo modo hoy todos los deseos de los Santos de la nueva alianza se cifran en el segundo advenimiento del Hijo de Dios, el cual nos conducirá al colmo de la » perfeccion y de la dicha<sup>1</sup>. »

Hé aquí una verdad que importa recordar con frecuencia á nuestro espíritu y al de los demás. Nada es mas propio para ennoblecer nuestros pensamientos que la memoria de ese fin sublime para el cual estamos destinados; nada mas propio para hacernos soportar las adversidades con valor, resistir las tentaciones con fidelidad y pisotear los bienes de la tierra, que la idea de los goces reales que nos esperan en la eternidad. Sí, vendrá un día en que reinaremos con Nuestro Señor; aprendamos, pues, á mandar, poniendo á raya nuestras pasiones, y obligando al mundo á que se incline ante nuestra fe. ¡Qué vergüenza si así no lo hiciéramos! ¿Acaso se hace el aprendizaje de rey arrastrando la cadena del esclavo?

Peticion tercera: *Hágase tu voluntad*. En la peticion anterior hemos pedido la beatitud eterna, que es nuestro último fin; en la presente pedimos el medio principal para conseguirla. Ahora bien, este medio, segun las propias palabras de Nuestro Señor, es cumplir la voluntad

<sup>1</sup> In Psalm. cxviii; *Belar. Dottr. crist.* pág. 79.

de nuestro Padre celestial: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*<sup>1</sup>; pero como por nosotros mismos no podemos guardar aquellos divinos mandatos, de ahí es que pedimos á Dios que su voluntad sea hecha por nosotros, es decir, que nos dé 1º. la gracia de cumplirla obedeciendo en todo y siempre sus mandatos, á ejemplo de nuestro divino modelo que se hizo *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*<sup>2</sup>; 2º. la gracia de aceptar, si no con una confianza y alegría filial, al menos sin murmurar, las penas espirituales y corporales que pueden afligirnos, como son la pérdida de nuestros bienes y de nuestros parientes y amigos. En efecto, todas estas cosas ordenadas ó permitidas por Dios son para nuestro bien; si somos justos, nos dan mayor materia para merecer, y si nó lo somos, nos ofrecen el medio para purificarnos.

¡Hombres de poca fe! ¿qué podemos pedir mas ventajoso que el cumplimiento de la voluntad de nuestro Padre? Él nos ama mas tiernamente de lo que nos amamos nosotros mismos; su voluntad es santa, justa, perfecta. ¡Ah! por no haberla cumplido el primer Adán se precipitó en este abismo de males, de que hemos sido los desgraciados herederos; cumpliéndola nos libreremos de ellos, y estaremos tanto mas exentos de los mismos, ó nos serán tanto mas ligeros, en cuanto cumpliremos mejor esta voluntad perfecta, hasta el punto que en el cielo será completa la dicha, porque allí reinará la voluntad de Dios, única, plena y eternamente; siendo esta dicha proporcionada, para cada uno de nosotros, á la fidelidad con que habremos cumplido la voluntad de Dios.

*Así en la tierra como en el cielo*. Al pedir á Dios la gracia de obedecerle, le pedimos al mismo tiempo hacer nuestra obediencia digna de él y meritoria para nosotros, es decir, semejante á la de los Ángeles y á la de todos los Santos que habitan en el cielo; ahora bien, los Ángeles y los Santos se someten á la voluntad de Dios con una grande plenitud de amor; obedecen únicamente porque Dios lo quiere, sin ninguna mortificacion de amor propio; ejecutan sus órdenes con la rapidez del rayo; no razonan ni murmuran. Por el contrario, á cuanto Dios les manda, solo contestan con el cántico de alabanza y de accion de gracias: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos. De este modo debemos obedecer. ¡Oh, cuán agradable seria la permanencia en esta tierra, si todos esos millones de voluntades humanas se sometiesen siempre y en todas las cosas á la voluntad de Dios! En cuanto á nosotros, tengamos siempre en el corazón y en los labios aquellas palabras del apóstol san Pablo: Señor, ¿qué quereis que haga? las del Rey profeta: Mi corazón está pronto, Señor, mi corazón está

<sup>1</sup> Matth. xix, 17.

<sup>2</sup> Philipp. ii, 8.



pronto; las del santo varon Job : El Señor me lo dió, el Señor me lo quita; ha hecho lo que mejor le ha parecido; sea bendito su santo nombre; y finalmente las de nuestro divino modelo : ¡Padre mio, si posible es, haced que este cáliz pase lejos de mí! Sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mia.

Tal es la primera parte de la Oracion dominical. Consideradas en su objeto, nada hay mas sublime que las tres peticiones de que se compone, así como nada hay mas lógico que el orden en que se expresan. En primer lugar, pedimos que sea santificado el nombre de Dios, porque ante todo debemos amar á Dios y desear su gloria sobre todas las cosas; en segundo lugar, pedimos que su reino venga á nosotros, pues Dios será perfectamente amado y santificado cuando reinará perfecta y enteramente, sobre todo despues del juicio final; y en tercer lugar, pedimos la gracia de hacer la voluntad de Dios en la tierra, á fin de que en este mundo empecemos á santificar el nombre del Señor y á vivir bajo su reino, para llegar por tal principio al lugar donde su reino será perfecto y su nombre plenamente santificado. En dos palabras; en esas tres primeras peticiones pedimos las cosas que pertenecen á Dios; que su nombre sea santificado, que su reino venga á nos, y que sus mandatos sean observados : en esto consiste la perfeccion y el último fin del hombre.

La segunda parte de la Oracion dominical contiene cuatro peticiones, por las que pedimos las cosas temporales necesarias para conseguir los bienes eternos. ¡Qué sabiduría! Así como el hombre se refiere á Dios como á su fin, del mismo modo los bienes de esta vida se refieren á los de la otra, como medios á su fin; hé aquí por qué Nuestro Señor quiere que la peticion de estas cosas venga en segundo lugar, y no debemos solicitarlas sino en cuanto el mismo Dios lo permite, y en cuanto las necesitamos para adquirir los bienes celestiales.

Peticion cuarta : *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* Con estas sencillas y tiernas palabras pedimos cuanto es necesario para el sostenimiento de nuestra vida temporal; mas como estamos compuestos de dos sustancias, de alma y de cuerpo, ambas necesitan alimento para vivir. El alma, que es espiritual, quiere un alimento espiritual tambien, al paso que al cuerpo, que es material, le conviene un alimento material. La santa Eucaristía, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, tal es el alimento del alma, y hé aquí lo que para ella pedimos. El beber, el comer, el vestido y otras cosas análogas son necesarias para la vida del cuerpo, y esto es lo que para él pedimos.

*Danos.* ¡Palabra de humildad admirablemente propia para conmover el corazon de Dios! Reconocemos que nada tenemos, y que somos unos infelices mendigos; reconocemos que solo Dios es rico, y que solo él puede darnoslo todo; reconocemos que no somos deudores de nuestra existencia, es decir, de las cosas mas necesarias á nuestra

vida espiritual y corporal, ni á nuestro trabajo, ni á nuestra industria, ni á nuestras virtudes. Nada hay mas cierto : no somos nosotros quienes hacemos crecer en la tierra el trigo que nos alimenta, ni en la oveja la lana que nos cubre, ni en nuestra alma la fe, la esperanza ó la caridad.

Así es que ricos y pobres, todos debemos decir *danos*, pues todos, sin excepcion somos delante de Dios mendigos que esperamos en la puerta del Padre de familia <sup>1</sup>. Los ricos deben decir *danos*, y en su boca estas palabras significan : ¡Dios mio! dignaos conservarnos los bienes que nos habeis confiado; continuadnos vuestra liberalidad, pues reconocemos que podeis á cada instante quitarnos lo que poseemos, de modo que conservándonoslos, nos haceis igual gracia que si nos los diéscis á cada instante <sup>2</sup>. Los pobres deben decir *danos*, y en sus labios estas palabras significan : ¡Dios mio! esperamos de vuestra liberalidad lo que es necesario para nuestra vida; enviádnoslo directamente, por Vos mismo, ó indirectamente, por medio de los ricos, á quienes inspirais la caridad hácia nosotros; bendecid nuestro trabajo, y haced que ni la enfermedad ni la miseria pública nos priven del fruto de nuestros sudores. En efecto, seria tentar á Dios creer que nos enviaria el maná del cielo sin que tuviéramos que hacer otra cosa que pedirlo; Dios, que nos ha impuesto el precepto de orar, nos manda tambien trabajar, y nuestra oracion tiene por objeto obtener su bendicion sobre nuestras fatigas y sudores; pues como el trabajo es inútil si Dios por su gracia no lo hace fecundo, esta súplica *danos* es una protesta de que vivimos, mas que de nuestra industria, de la providencia de Dios <sup>3</sup>.

Finalmente, ricos y pobres, pedimos no solo que Dios nos dé nuestro pan, sino que lo bendiga, que lo santifique, de modo que lo usemos siempre en utilidad de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

Decimos *danos* y no *dame*, porque es propio del cristiano no pensar únicamente en sí, y la caridad exige que nos intereseemos por nuestro prójimo. Otra razon es que Dios no nos concede sus beneficios para que nos aprovechemos solos de ellos, ni para que nos entreguemos á la intemperancia, sino que quiere que dividamos entre los demás lo que nos resta despues de haber satisfecho nuestras necesidades.

<sup>1</sup> Omnes enim, quando oramus, mendici Dei sumus, ante januam magni Patris familias stamus, imo et prosternimus, et supplices ingemiscimus aliquid volentes accipere. (S. Aug. Serm. XV de Verb. Dom.)

<sup>2</sup> Et quid eget dives? Audeo dicere, ipso pane quotidiano eget dives. Quare enim abundant illi omnia? unde nisi quia Deus dedit? quid habebit si Deus subtrahat manum suam? nonne multi dormierunt divites et surrexerunt pauperes? et quod illi non deest, misericordiae Dei est, non potentiae ipsius. (S. Aug. Serm. XXXVI de divers.)

<sup>3</sup> Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed, qui incrementum dat, Deus. (I Cor. iii, 7.)